

JEREMÍAS, EL MILAGRERO.

¡Dios mío, concédeme el privilegio de hacer milagros! No, no los quiero para mí, tampoco para mi familia. Los quiero para ayudar a los demás, a los pobres, a los enfermos, a los que no tienen nada, ni esperanza, ni salud, ni amor, ni deseo de vivir. Son muchos, miles, probablemente millones. No, no pienso ayudar a todos, eso sería algo imposible. Pero sí beneficiar a unos cuantos, a los más necesitados de todos. Y no, no lo hago para mi gloria ni para recibir agradecimientos y mucho menos para que piensen que soy un santo. Nada de eso me importa. Ye he recibido mucho, amor de mis padres, buena posición económica, salud, belleza, inteligencia. Demasiado para lo que merezco. Por eso quiero dar algo y qué mejor que regresar la salud a los que la han perdido, que algún ciego pueda volver a ver, que un tullido pueda caminar, que un miserable tenga de que vivir, que a un huérfano enfermo lo adopten y curen, que a un loco le regrese la razón. Diez, veinte gentes como mucho. Yo a cambio voy a dar todo lo que tengo, mi dinero, mi casa, mis libros, mi música, mi tiempo. Todo se lo daré a ellos o a otros que también tengan necesidades. ¡Hazme el favor! Yo siempre te he sido fiel, siempre he creído en ti y en tu bondad. Después de hacer los milagros puedes hacer de mí lo que quieras, si necesito morir con gusto lo haré, pero concédeme este favor. ¡Dios, óyeme, concédeme lo que te ruego!

En torno de Jeremías se fue haciendo todo oscuro, desapareciendo a la vista. Ya en la oscuridad total se vio a lo lejos una pequeña luz brillante que poco a poco se fue acercando a él hasta envolverlo completamente. Al

mismo tiempo que la luz sintió en todo su cuerpo un calor agradable, como el que trasmite una madre a su pequeño hijo. Oyó, o creyó oír una voz que le decía que su petición se había escuchado y que tenía una sola oportunidad para hacer milagros. Que esto iba a suceder el domingo en el atrio de la Catedral a las once horas. Jamás se le volvería a conceder ninguna otra petición.

Se inclinó y besó el piso en señal de humildad, de sus ojos brotaron abundantes lágrimas pero no pudo decir nada por la emoción. No pudo alabar al Señor, no pudo agradecerle con frases bellas el favor recibido. Cuando quiso hablar sólo brotó un gemido de su garganta.

El domingo a las once ya tenía reunidos en el atrio de la Catedral a dos ciegos, a un pordiosero leproso, a una mujer deforme por las reumas, a un niño huérfano que traía una monja, un niño con labio y paladar hendidos y una malformación cardíaca; un anciano que llegó arrastrándose, a dos jóvenes con sida, a dos cancerosos en fase terminal. La gente que pasaba por el lugar ya sea para entrar al templo o simples turistas que querían retratar todo, al ver al grupo lo rehuían pues además del mal aspecto todos ellos apestaban. Jeremías se colocó al centro, se hincó a rezar cosa que imitaron sólo dos de los que lo acompañaban, los demás escépticos se le quedaban mirando. Ya muchos le habían dicho que no creían en milagros, que estaban seguros que no iba a suceder nada, que iban a perder el tiempo. Jeremías los logró convencer que al menos asistieran. Y ahí estaban viendo como ahora Jeremías se ponía de pie y poco a poco iba elevando los brazos y las manos hacia el cielo. De su boca salió un grito más que una palabra ¡Dios! En ese momento los ciegos vieron, la mujer reumática pudo caminar y hasta bailar de júbilo, los cancerosos dejaron de tener dolor y sus tumores desaparecieron, el niño tenía un rostro sano y bello, el anciano se veía como con treinta años menos. Todos gritaban y reían de gusto. Alguno no pudo contener el llanto. Jeremías besaba una y otra vez el piso. Ahora

los curados se acercaron a él para llamarlo Santo, Santo, Santo. Jeremías asustado les dijo que no, que no era santo, que era sólo un emisario de Dios, que adoraran únicamente a él.

Durante los siguientes meses Jeremías dedicó todo su tiempo a vender lo suyo y a regalarlo. Parte de su dinero lo cedió a un orfanatorio, otra parte a un grupo indígena del Sur de la República, hizo muchas caridades particulares.

No volvió a ver a los favorecidos por el milagro hasta el día en que todos ellos lo citaron en el mismo atrio de la Catedral, a las once horas. Esto sucedió exactamente un año después. El fue preparado para evitar que le agradecieran el milagro, mucho menos iba a permitir que quisieran hacerlo santo como le habían gritado aquél día. Estuvo tentado a decir que no iba, que se disculpaba. Pero pensó que sería muy bueno que todo ese grupo se uniera y entre todos hicieran una labor social. Que fueran con los pobres, con los marginados, con lo enfermos y les dijeran que creyeran en los milagros, que creyeran en Dios. En un Dios benevolente que ama por igual a todos sus hijos.

Se colocó nuevamente en el centro de los hombres y mujeres que había curado. Se le hizo muy fácil empezar su plática diciéndoles hijos, amados hijos míos. No lo dejaron seguir. Uno a uno empezó a increparlo reclamando que a partir del milagro ya nadie les daba nada, que tenían que trabajar, que les habían quitado sus casas y cosas pues eran para los que no tenían nada. Que sus familias ahora les exigían dinero, tiempo y más. Querían que les volviera a dar sus enfermedades o que a cambio de eso les diera dinero pues él era el único responsable de su situación. Jeremías asustado les dijo que ya nada tenía, que todo lo suyo lo había regalado. Entonces haznos el milagro al revés, le exigieron. Dios, contestó él, sólo me concedió el favor para una sola ocasión. Los ánimos empezaron a caldearse, de las palabras pasaron a los insultos, de ahí a empujones a

Jeremías que se dejaba hacer. Por último, ante el asombro de los turistas y los feligreses empezaron entre todos a golpearlo, a patearlo, a pegarle con todo lo que traían en la mano. Nadie podía detenerlos, su furia era total.

Jeremías, antes de morir, le pidió a Dios, que aunque le había concedido un solo milagro, que le diera otro: la posibilidad de morir en paz y lleno de amor a Él.

Tomás Urtusástegui

Abril 2005